

RECONOCIMIENTO DE SABERES

Silvina Belmonte

Paula Peyloubet

Noelia Cejas

Fernando Vanoli

Virginia Martínez

Santiago Ríos

Sebastian Carbone

Valeria Fenoglio

Inés Sesma

María Rosa Mandrini

Agustina Solera

Gabriela Bard Wigdor

Denise Mattioli

Gabriela Artazo

Corina Echavarría

Laura Barrionuevo

diseño

RECONOCIMIENTO DE SABERES

RECONOCIMIENTO DE SABERES

Paula Peyloubet
Silvina Belmonte
Noelia Cejas
Fernando Vanoli
Virginia Martínez
Santiago Ríos
Sebastián Carbone
Valeria Fenoglio
Inés Sesma
María Rosa Mandrini
Agustina Solera
Denise Mattioli
Gabriela Bard Wigdor
Gabriela Artazo
Corina Echavarría
Laura Barrionuevo

Córdoba, 2016

diseño

Peyloubet, Paula

Reconocimiento de saberes / Paula Peyloubet. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Diseño, 2017.

242 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-4000-96-5

1. Cognitivismo. 2. Experiencias Regionales. I. Título.
CDD 720.1

Comité editorial - Comentaristas

Fernando Cacopardo, Liliana Kremer, Guido Montali, Mariano Fressoli, Horacio Aromando, Juan Pablo Puentes, Sofía Soria, Pamela Cáceres

Permitida su reproducción siempre que se cite a la fuente.

Las opiniones vertidas por los autores son responsabilidad de los mismos.

Compaginación y diseño: María Rosa Mandrini

Diseño de tapa: Fernando Vanoli

© 2017 de la edición, Diseño Editorial

ISBN 978-987-4000-96-5

Enero de 2017

Este libro fue impreso bajo demanda, mediante tecnología digital Xerox en

bibliográfika de Voros S. A. Bucarelli 1160, Capital.

info@bibliografika.com / www.bibliografika.com

En venta:

LIBRERÍA TÉCNICA CP67

Florida 683- Local 18- C1005AAM Buenos Aires- Argentina

Tel: 54 11 4314-6303- Fax: 4314-7135- E-mail: cp67@cp67.com- www.cp67.com

FADU- Ciudad Universitaria

Pabellón 3- Planta Baja- C1428BFA Buenos Aires-Argentina

Tel: 54 11 4786-7244

cmd- Centro Metropolitano de Diseño

Algarrobo 1041- c1273aeb Buenos Aires- Argentina

Tel: 54 11 4126-2950, int. 3325

INDICE

PRÓLOGO	11
CAPÍTULO 1	
RITUALES COGNITIVOS. EPISTEMES HEREJES... Y SOLO UNA LUNA PARA COMPRENDER	15
Amigas Salvajes	
COMENTARIO 1	
UN FRAGMENTO... Y NO ES FICCIÓN, ES UN ENCUENTRO EN RED DE HISTORIAS TERRITORIALES	47
Fernando Cacopardo	
CAPÍTULO 2	
EL MUNDO NO COMENZÓ CON PALABRAS	49
Fernando Vanoli, Noelia Cejas	
COMENTARIO 2	
CERTEZAS TRANSITORIAS Y DUDAS GENEROSAS.....	71
Liliana Kremer	
CAPÍTULO 3	
LA EXCUSA NO ERA TAN EXCUSA. LA RELACIÓN ENTRE LOS ARTEFACTOS Y LAS PERSONAS EN PROCESOS DE DESARROLLO DE TECNOLOGÍAS PARA EL HÁBITAT. EL CASO BARILOCHE	77
Virginia Martínez Coenda; Santiago Ríos; Sebastián Carbone	
COMENTARIO 3	
LOS PAISAJES ESCUCHADOS	106
Guido Montali	

CAPÍTULO 4

EN BÚSQUEDA DE INTERSTICIOS SOLIDARIOS: EL POSICIONAMIENTO POLÍTICO DE LA TECNOLOGÍA EN LAS EXPERIENCIAS DE VILLA PARANACITO, CONCORDIA Y BARILOCHE. 109

Valeria Fenoglio; María Inés Sesma

COMENTARIO 4

BÚSQUEDA DE INTERSTICIOS SOLIDARIOS 131

Mariano Fressoli

CAPÍTULO 5

PRODUCCIÓN DISIDENTE DEL SABER. APRENDER DE LO QUE NOS SUSURRA EL VIENTO..... 133

María Rosa Mandrini

COMENTARIO 5

ANALOGÍA DESDE LA EXPERIENCIA 147

Horacio Aromando

CAPÍTULO 6

¿POR QUÉ RESULTA TAN DIFÍCIL IR MÁS ALLÁ DE LA CRÍTICA?
INCERTIDUMBRES, CUESTIONAMIENTOS Y NUEVOS DESAFÍOS..... 151

Agustina Solera

COMENTARIO 6

¿POR QUÉ RESULTA TAN DIFÍCIL IR MÁS ALLÁ DE LA CRÍTICA? 176

Juan Pablo Puentes

CAPÍTULO 7

NARRACIONES FEMINISTAS ANTE LA CONTRAOFENSIVA NEOLIBERAL.
ALTERNATIVAS POLÍTICAS CON CUERPOS Y GEOGRAFÍAS DEL SUR..... 183

Gabriela Bard Wigdor; Denise Mattioli, Gabriela Artazo

COMENTARIO 7

EL LUGAR DE LA POLÍTICA, LA POLÍTICA DEL LUGAR 211

Soffá Soria

CAPÍTULO 8

CIRCUITOS DE APRENDIZAJE SITUADO: ACTORES Y SABERES EN DIÁLOGO ... 215

Corina Echavarría; Laura Barrionuevo

COMENTARIO 8

CIRCUITOS DE APRENDIZAJE SITUADO: ACTORES Y SABERES EN DIÁLOGO ... 238

Pamela Cáceres

PRÓLOGO

Llegamos a esta publicación a partir del trabajo conjunto, que compartimos durante tres años, en el marco del Proyecto “Recuperación de procesos de co-construcción interactoral del conocimiento, en el marco de una pluriversalidad cognitiva, para la transformación social en el campo del hábitat”, financiado por el Conicet entre los años 2012-2015.

En este sentido, la expresión de los ocho trabajos que se presentan a continuación, es el resultado de reflexiones que acontecen desde las perspectivas de los autores en articulación con el camino recorrido en forma conjunta. Si bien cada trabajo posee una temática abordada desde la libertad de las autorías, los enfoques de cada uno de ellos, tanto cognitivos como ideológicos, plantean una *visión común* que habita la palabra a partir de experiencias situadas en territorios y junto a comunidades específicas.

El primer trabajo, que abre la publicación, “*Rituales cognitivos. Epistemes herejes. Y solo una luna para comprender*” de Silvina Belmonte y Paula Peyloubet, comentado por Fernando Cacopardo, invita a una reflexión epistémica basada en un relato ficcional que vuela por un territorio verdadero de transgresiones dulces y serenas. La invitación se dice a sí misma *hereje* ya que no resuelve a partir de interpretaciones de convención científica sino que, a propósito, se sale de ese lugar y, a manera de provocación, recoge los emergentes de la ficción con atrevida audacia permitiéndose la conjunción de cosmovisiones diversas en una misma construcción significativa. A cada momento del texto se presentan contradicciones cognitivas que, por asentarse en un único territorio, terminan por convivir de manera fantástica y aleccionadora. El artilugio literario de una narración con estilo de cuento, luego comentado, quiebra la estructura de la versión científicista de los trabajos típicos de los investigadores, generando una andar alternativo que abre las puertas a un nuevo encuentro.

El segundo trabajo de Fernando Vanoli y Noelia Cejas, “*El mundo no comenzó con palabras*”, comentado por Liliana Kremer, procura desarmar la situación de privilegio que se le asigna a la palabra como productora de sentidos, especialmente desde el campo de la ciencia, en donde la racionalidad encubre a la emocionalidad, dando lugar a un paradigma de producción de conocimiento que desestima, de alguna manera, el saber de sentido común. Los autores de este texto recogen la perspectiva decolonial e invitan a reflexionar a partir de ella, acerca de los límites de este paradigma científico. Intentan, como propuesta, bucear en un mundo donde aparecen, de manera relevante, los sentidos puestos en diálogo con los cuerpos que asumen preponderancia, para dar lugar a otra forma de expresión tal como el silencio. La imagen y la fotografía suponen, para los autores, otras formas

de manifestación sensible que capturan lo que no puede decirse con tan solo palabras.

Llega en tercer lugar el texto de Virginia Martínez Coenda, Santiago Ríos y Sebastián Carbone, *“La excusa no era tan excusa: la relación entre los artefactos y las personas en procesos de desarrollo de tecnologías para el hábitat. El caso Bariloche”*, comentado por Guido Montali, quienes se preguntan acerca de la relación que existe entre los actores de una red tecnológica y los productos que emanan de esa misma red, apoyados en un diálogo que mantienen con Bruno Latour en el marco de la *Teoría del Actor Red*. Sus reflexiones se desprenden, a la vez, de la propia experiencia que recorren en el marco de un desarrollo colectivo (*co-construido*) de una tecnología constructiva en madera en la ciudad de Bariloche. De allí los autores reconocen, de manera creativa, los rastros con que los artefactos (no-humanos) se articulan con las personas (humanos) generando agencias tácitas, que constituyen precisamente la razón de ser de la investigación. Por otro lado, en un nuevo laberinto con Alejandro Haber y la *Teoría de la Relacionalidad Local*, se sitúan en correspondencia con procedimientos metodológicos que implican estar en el territorio, con los actores locales, de donde se desprende entonces una necesaria teoría local.

El cuarto texto de Valeria Fenoglio e Inés Sesma, *“En búsqueda de intersticios solidarios: el posicionamiento político de la tecnología en las experiencias de Villa Paranacito, Concordia y Bariloche”*, comentado por Mariano Fressoli, aborda el campo de los Estudios de Ciencia, Tecnología y Sociedad intentando generar puentes entre la teoría que sostiene dicho campo y la experiencia que las autoras poseen en el marco de las investigaciones que llevan a cabo. El trabajo reflexiona acerca de los modos en que se produce y concibe el conocimiento tecnológico y la vinculación de estos modos con la definición de políticas públicas de Ciencia y Tecnología, que pueden o no habilitar conexiones con las demandas locales tanto productivas como sociales. La clave del texto se plantea entonces en el escenario de las relaciones entre el Estado, el Sector CyT y la matriz productiva local de cada una de las experiencias que presenta. El relato se asume, en todo momento, desde una perspectiva política donde el intersticio solidario es el interrogante continuo y la respuesta a la vez.

En quinto lugar se presenta el trabajo de María Rosa Mandrini, *“Producción disidente del saber. Aprender de lo que nos susurra el viento”*, comentado por Horacio Aromando, quien reflexiona críticamente acerca del modelo de producción de conocimiento sesgado por el capitalismo y la propuesta hegemónica que promueve la aceleración del tiempo en un vertiginoso y peligroso desencuentro con uno mismo; dando lugar a una propuesta alternativa, que se llama a sí misma *disidente*, que alienta formas de hacer y pensar colectivos, donde la producción artesanal gana lugar y es un convite para un cambio de vida. Se transita, en este trabajo, la experiencia de la

arquitectura de tierra, recuperando los valores que de ella emergen, y se articula con la resignificación de un campo creativo, *lo gráfico y lo ritual*, en resistencia al modo de expresión predominantemente verbal de la producción científica. El texto continúa, en el marco de esta misma construcción de sentidos disidentes, con el relato de modos de investigar colectivos que jerarquizan las prácticas mancomunadas logrando entramados comunitarios que, en la reflexión de la autora, se asumen como respuestas superadoras al individualismo académico de la ciencia.

El sexto trabajo presentado en esta publicación es de Agustina Solera, *“¿Por qué resulta tan difícil ir más allá de la crítica? Incertidumbres, cuestionamientos y nuevos desafíos”*, comentado por Juan Pablo Puentes. La autora denuncia al modelo epistemológico que comprende al mundo de una única manera y expresa su preocupación por la desigualdad con que se instala respecto de otras formas de conocerlo y comprenderlo. Plantea una crítica a la desigualdad eurocéntrica y se detiene frente a nuevos interrogantes que aún no tienen respuestas, con la idea de contribuir a repensar los límites de la ciencia moderna frente a estas incertidumbres posiblemente fértiles, potenciales transformadoras de visiones unívocas, procurando hacer frente al pensamiento totalizante de la modernidad. El texto transita dos momentos; una primera parte que apela a *Denuncias y alternativas esperanzadoras*, y una segunda parte que propone *El camino para la reivindicación*. El aporte del trabajo se radicaliza en el enfoque por el cual no es posible reconocer a través de formas tradicionales y se hace imposible un diálogo profundo en ese mismo sentido. La espiritualidad, para la autora, es campo fértil para una nueva comprensión en el marco de una posible construcción de sentidos, que no involucre necesariamente la racionalidad.

El trabajo de Gabriela Bard Wigdor, Denise Mattioli y Gabriela Artazo, comentado por Sofía Soria, es el séptimo en presentarse, *“Narraciones feministas ante la contraofensiva neoliberal. Alternativas políticas con cuerpos y geografías del sur”*, propone el diálogo entre cuatro casos paradigmáticos que hablan de la resistencia feminista donde, en este texto, la lucha del movimiento de mujeres del mundo se inserta en una nueva reflexión en el marco de la actual coyuntura política que atraviesa la región latinoamericana, que en palabras de las autoras se denomina *contraofensiva neoliberal*. Dichos casos se analizan bajo los enfoques filosóficos conocidos como epistemología *del sur* y ética para la liberación en articulación con teorías feministas latinoamericanas. La propuesta consiste en recoger la existencia de los cuerpos y los territorios como constructores indispensables de alternativas políticas partir de las particularidades del habitar de la gente y su saber situado.

Y por último, en octavo lugar, se presenta el trabajo de Corina Echavarría y Laura Barrionuevo, *“Circuitos de aprendizaje situado: actores y saberes en*

diálogo”, comentado por Pamela Cáceres, quienes abordan al *Desarrollo* como categoría teórica y proyecto de sociedad desde una perspectiva histórica en el comienzo del trabajo, pasando por las diversas concepciones y vinculaciones de dicha categoría con la sociedad, hasta llegar al *Desarrollo* del cual quieren realmente conversar. La complejidad del *Desarrollo* en su dimensión relacional, al cual arriban en el texto, da cuenta de un entramado cognitivo diverso que promueve el fortalecimiento de redes vinculantes locales que generan nuevas prácticas transformadoras que construyen una comunidad para un Buen Vivir. El trabajo de las autoras pone el acento en los aspectos subjetivos y relacionales, recuperando los circuitos de aprendizajes situados, propios de dinámicas organizativas y de las formas en que se trabajan los conflictos en los territorios.

Este libro intenta poner en evidencia la capitulación de una forma única de pensar y comprender el mundo, que se erige siempre desde la ciencia con un valor de verdad universal, *atemporal* y *aterritorial*.

Los autores de esta publicación, en los ocho textos, han expresado de diversas maneras la voluntad por permitirse pensar en otras condiciones y con otros elementos que pongan en juego nuevas relaciones y formas de vinculación con las realidades múltiples que acontecen.

Las condiciones de pura racionalidad que perciben al mundo son ya asuntos perimidos, sino escasos/incompletos, para reconocer las verdades que subyacen a las comunidades en sus territorios. Los investigadores de este libro manifiestan otra forma de percibir esas realidades y dan cuenta de esa valoración a través de las interpelaciones, interrogantes e inquietudes que transitan sus artículos.

Reflexionar acerca de los modos de comprender y conocer el mundo, desde una perspectiva diferente a la hegemónica, ha sido el motor de marcha de este grupo de personas que presentan hoy sus textos en esta publicación; siendo las temáticas abordadas y compartidas todas diferentes, es indudable que, en todos los casos, la manifestación por una libertad cognitiva y de expresión, hace lugar a las reflexiones teóricas en articulación constante con experiencias situadas que de un modo u otro atraviesan la vida personal de cada uno de los compañeros de este libro, dando lugar a prácticas que bucean en nuevas formas de hacer investigación y de hacer política.

CAPÍTULO 1

RITUALES COGNITIVOS. EPISTEMES HEREJES... Y SOLO UNA LUNA PARA COMPRENDER

AMIGAS SALVAJES¹

.....
1 *"Amigas Salvajes"* es el seudónimo con que deciden escribir la Dra. Silvina Belmonte (INENCO-CONICET-UNSA) y la Dra. Paula Peyloubet (CIECS-CONICET-UNC) cuando lo hacen juntas.

El siguiente texto corresponde a un grito de libertad que proclama el derecho al gesto profundo del conocimiento, asumido desde el corazón y la emocionalidad. Intentará transitar entre un *relato de ficción*, que contará la historia de unos singulares y adorables personajes que ponen el cuerpo en un territorio imaginario, nacido de la verdad de una tierra conocida por un cosmos andino, y unas *reflexiones de pura herejía epistemológica*.

“*Rituales COGNITIVOS*” supone el saber que se despliega en el hacer cotidiano de las gentes, cuando de lo único que se presume es de poder hacer que la vida transcurra por el accidentado camino del territorio, querido y cuidado con el alma. Una manifestación de fe que deviene en *camionador* para sentir la dimensión del tiempo soplando al *costadito*, como compañero sabio del aprender con otros.

“*Rituales COGNITIVOS*” se expresa a través de un cuento y nos acerca un mundo real e imaginario que nos hace sentir parte de un universo más grande. Entre líneas, discurre la vida misma y todo lo que le da razón de existencia: ser, saber, aprender, compartir, sentir miedo, animarse, moverse, partir, llegar, volver, encontrarse. Habrá que estar muy atento para no perderse ningún detalle y dejarse atrapar por la verdadera esencia del conocimiento, escondido en lo cotidiano. ¿En qué estamos pensando? En que un cuento puede abrir un mundo de significados inesperados, partiendo desde aquí, desde lo simple y lo complejo, todo mezclado.

“*Epistemes Herejes*” propone el saber caliente que irrumpe en el silencio de los códigos, herrumbrados y marchitos, de una civilización explotada que tiene por única virtud el vacío del universal en su sentir que, helado por las sombras de las tinieblas, busca perpetuarse en el último aliento del *sabelotodo*, que está yaciendo, como marmoto quieto, en mitad de una gran caravana.

“*Epistemes Herejes*” comparte una manera de entender el cuento (y por tanto, la vida), mirando su contenido desde una perspectiva más analítica y profunda. No deja de ser una interpretación, como podría haber muchas otras. Sin embargo, se anima a reflexionar sobre algunos componentes

que nos atraviesan permanentemente, casi sin darnos cuenta, marcando el destino personal y de un país.

Saber mágico y saber valiente. Ritual cognitivo y Episteme hereje...y solo bastará el tiempo de una luna para poder comprender.

En adelante, nada crean, todo duden y despierten a su alma, porque ya no se trata más de un sueño...bienvenidos al decir de Quipildor: *...y esa es la verdad...traducción: no estoy mintiendo.*

Parte 1. RITUALES COGNITIVOS. La ficción.

La salida

Silencio. La tarde se ha puesto helada y tras los cerros en sombras, ya no se ve al dios sol. Los cerros están azules como el manto de la virgen morena que duerme en el altar de la nueva capilla del lugar, al cuidado del cóndor, que ya no es dios pagano sino dios de los dioses. Silencio de viento. Arrullo vigilante que paraliza el redondo macizo de tierra que ha quedado al cuidado del arbusto seco de espinas en garra ¡Quién pudiera acercarse a esa tierra sin semejante soldado de amor! Si, la tarde está helada pero la paz de las almas y los ojos entre cerrados que miran al cielo, vierten fantasías que caldean el aire. La escuela está despidiendo al día.

Los pequeños están de pie frente al mástil gigante de piedra y hormigón. Allá arriba, y casi perdido, vuela libre un trozo de tela que con aguda intuición es bandera, retazo de honores y gestas de independencia. Las manos chiquitas, arrugadas y de piel seca, con las uñas servidas por el barro y las mieles, toman el acero frío del cable que hará aullar la roldana cuando baje la bandera. Y la roldana aúlla. Alvarito tiritita un poco y frunce su nariz, metiendo sus *mocos* hacia adentro, mientras alcanza, en punta de pie, al Estado hecho tela que viene bajando con orgullo.

Se acerca por detrás, con pausado andar, el hombre antiguo, que aún no cosecha ni una sola cana, y envuelve en sus brazos, con inclinado fervor, la bandera que acaba de finalizar su recorrido descendente. Amarinto es director de la escuela hace ya 30 años. Conoce la historia y el acontecer de cada signo en los cerros pelados. Sabe del amor soberbio de las familias por su tierra y reconoce en ellas el milagro de la identidad y la heredad de los pueblos.

El director sonrío. Sus dientes son blancos y su sonrisa es melancólica. Su rostro denota el tiempo transcurrido y su fina mandíbula adelanta su pasado

indio. Saluda a los no más de diez *changuitos* de la zona que, a diario muy temprano en la mañana, concurren a la escuela de montaña con sus esperanzas puestas en el seguro regreso por la tarde a sus casas de adobe, donde arderán los leños.

-Ha terminado el día niños, sus padres los esperan- dice con amable voz y girando hacia el poniente inmenso agrega- buenas tardecitas familias...es una tarde extraña de silencio y frío...se avecinan nevadas, tal vez? Regresen con cuidado a sus casas. Estaré alerta.

Canela aparece desde la cocina y cierra la puerta. Ella es la maestra rural. Formada en la *escuela de la ciudad* con el diploma de una tecnicatura que le confiere la certeza de un saber acumulado, con vestigios del saber de la europa moderna, que utilizó los *uniformes azules* en la segunda guerra mundial. Descendiente de austro-húngaros llegados al país en la segunda migración del siglo XX y viuda de un lord inglés asentado en la pampa gringa que le dejó, después de una cruel enfermedad, una hermosa niña de ocho años, Miranda, que ella adoptó con inmenso amor.

Canela extiende su brazo y agita la mano, saludando con gracia de princesa, dejando ver en su delgada muñeca magníficas pulseras de flores secas que los niños hicieron y le regalaron en la siesta de hoy, mientras recorrían los senderos buscando *armadillos* para cantarles una canción especialmente inventada para ellos. Es que Canela adora los animales y los niños festejan su sensibilidad. Por eso, como actividad de *ciencias naturales*, hicieron una canción para los *armadillos*. Los niños viven en territorio animal y ese es su cobijo natural. La *percepción idolatrada* hacia la fauna sólo la tienen aquellos que no son compañeros a diario, de aventuras en el alto, de los propios animales. Los niños igual cumplieron con el deseo de Canela y buscaron por lo menos un *armadillo* en los cerros, seguros de no poder hallarlo, para cantarle la canción. Claro. No lo encontraron. La canción no se cantó. Pero hicieron pulseras de flores secas y se las regalaron a la linda y joven maestra.

El camino

Por el borde del desfiladero, susurrando bajito alabanzas al cielo, se alejan Alvarito y su abuelo Quipildor tomados de la mano, seguidos por su fiel caballo negro, como la virgen morena del altar de la capilla nueva, que lleva atado a su lomo huesudo dos alforjas cargadas de papas trocadas por blancos y tiernos quesos de cabra. Saben hacer quesos, saben hacer papas, saben cantar alabanzas y saben que una tarde helada y de silencio campero trae algún *aparecido* con un gran aguacero. Nieve? No, nieve no. Agua. El director

se ha equivocado. La nieve trae a los loros en bandadas verdes oro. No han bajado hoy los loros. Hoy no habrá nieve. Los cerros ya están emparentados con el cielo. No parecen cerros. No parece cielo. Solo un oscuro manto de negro silencio. Ha llegado la noche.

-Alvarito, tenes miedo? Ya estamos a dos *pasos* del rancho. Me preocupan las cabras. Quedaron pastando lejos, la pastura este invierno nos ha abandonado temprano y las cabras deben subir muy alto para encontrar su alimento. Me preocupan las cabras. Creo que no podré buscarlas esta tarde. La noche temprana me ha sorprendido Alvarito.

-No abuelo, no tengo miedo- respondió el niño apretando la mano de Quipildor- nos acompaña Rampiro...mirá, va al lado mío y trata de darme cabezazos, él es mi amigo- y acarició el morro del noble caballo que apuró su paso al mismo tiempo que relinchó- Hoy en la escuela inventamos una canción para los *armadillos*. La maestra dice que los animales son nuestros amigos y que debemos protegerlos de todo mal, cuál es el mal que pueden sufrir aquí los *armadillos*, abuelo? A mi la maestra me gusta mucho porque es buena. Ella tiene una hija que se llama Miranda. Miranda es mi amiga. Hoy estuvimos juntos y le hicimos pulseras a la maestra. Las flores se han secado, ya no hay flores tiernas abuelo, este invierno está más seco que otros... abuelo, bajó por la acequia el agua que esperabas de la toma? Todavía habrá agua en la toma, abuelo?

Llegaron a la casa. Las cabras no habían vuelto al corral. Salvo Princesa que se pavoneaba de borde a borde, del cerco a la pirca y de la pirca al cerco, las otras cabras no estaban. Quipildor frunció el ceño y pidió a la Pachamama que las protegiera. Miró hacia el este y detrás de la negrura espesa de la noche la luna aparecía tardíamente con su cuerno delgado y su brillo apagado por las espesas nubes que la acurrucaban.

-Sí, la noche está extraña- y se le aceleró el corazón, que aunque valiente, percibía la llegada del *aparecido* junto al aguacero.

La llegada

Tibio el aire enrarecido de la pequeña casa de tierra y piedra. Los leños en la cocina habían dejado de arder. No obstante los muros espesos de barro hacían canto público del calor ganado y convidaban su apacible calentura. El camino de regreso había sido más lento de lo esperado. La llegada de la oscuridad tempranamente había detenido la marcha. Rampiro estaba viejo y su paso, aunque incansable, ya era lento. Quipildor lo acompañaba en la vejez y también en el paso lento.

-Andá a la casa Alvarito!- grito el abuelo con voz grave y amorosa- voy a poner comida y a guardar a los animales bajo el toldo. Hay papas y carne seca para la cena. Cargá la cocina, la leña está en la cesta de la entrada.

La luz de la luna alumbraba poco. El farol de querosene hizo su aparición. Bendito farol añejo. Herencia de quien sabe cuál de los parientes urbanos. Alvarito prendió la cocina con los leños secos que estaban en la cesta de raíces trenzadas de la entrada. Pura artesanía de manos fuertes y dedos largos que al candor de las velas de algún pasado invierno, prepararon con cuidado la cesta para este nuevo invierno. Futurología. No, tiempo productivo con sabor a ocio clandestino que amasa con prevención la necesidad de más allá en el tiempo. Para hoy, no es. Para mañana, tal vez. Entonces trabajaron las manos. Y la cesta, que hoy cuida los leños secos, nació alumbrada por el artesano sabio de los largos dedos y de los silencios buenos.

Afuera el viento corrió por el desfiladero e hizo bramar la noche. La luna se estremeció y colgó de su cuerno una estela de estrellas que dejaron de alumbrar. Oscuridad total. Un silencio de vacío. Sombras bailando sobre los cerros. Quietud inesperada. Bienvenido el *aparecido*. *Aparecido* no. *Aparecida*. La tormenta.

De repente, la luz explotó en las tinieblas e hizo parpadear los cerros que se volvieron voluptuosos y amantes de esas tinieblas. Y llegó el estruendo. La voz con eco del trueno, que reventó el silencio en un solo grito de furia y arrasó con los amantes que se rozaban entre tanto miedo.

La *aparecida* ha llegado. La tormenta de la Santa Rosa de los meses de agosto, bendecida con los favores de quien sabe cuáles rituales de chamanes andinos, está acá. Es que la tierra de los cerros filtra las aguas de los cristianos evangelizados y de los sabios de la Pachamama. Allí, donde se unen en la oscuridad sepulcral el cielo y la tierra y se levantan vientos desde el desfiladero meciedo las piedras quemadas por el sol; allí, donde las tormentas hacen sus fiestas en las noches de lunas de cuernos y las estrellas se apagan detrás de las sombras de nubes amorfas; allí, se alaba a la lluvia que llena las acequias, aunque esta muerda a la noche y desgarré los bordes de los más robustos cerros. Allí, se alaba al aguacero, a la *aparecida*, a la tormenta.

La tormenta

La escuela permanecía yerta bajo el manto de la noche. El viento le ha traído la acritud de los manzanos del valle cuando florecen en los días de entierro, según dicen las comadronas que traen los niños al mundo. Las luces tenues del salón de lectura permanecen alumbrando con los últimos alientos solares

de sus descargadas baterías. Amarito está preocupado. Mira por detrás de los vidrios empañados del ventanal del norte y descubre sólo la pulcritud del cielo en su negrura más espesa. El viento sacude las ramas del único árbol que se desploma, una y otra vez, sobre el techo de la sala de lectura donde también Miranda escucha, con indómita resignación, la tormenta de la Santa Rosa debatiéndose en lo profundo del alma de los cerros.

-Canela, será mejor que no regreses a la ciudad esta noche. Los vados del camino se habrán llenado y bajarán las piedras rodando por las pendientes y quién sabe si un deslave no deforme los bordes del camino- dijo el director con cariño paternal a la joven maestra.

-Debo regresar a mi casa Amarito, esta noche la tía de Miranda llegaba de la Capital para conocerla- y volviéndose hacia la niña le comentó bajito- vamos ya Miranda? Iremos por el atajo del sur y pasaremos el primer vado de inmediato, ya luego no habrá nada más que temer. El vado está muy cerca de la casa de Alvarito, lo sabías Miranda?

Aquel último comentario hizo olvidar a Miranda que afuera la tormenta tronaba y que el viento sacudía con rabia las ramas del único árbol sobre el techo de la sala de lectura. Alvarito era su amigo. Era su héroe. Hoy a la siesta, mientras buscaban *armadillos* para cantarles la canción, Alvarito le había contado historias de animales audaces que no se parecían en nada a los pobres otros animales que, apresados en el zoológico de la Capital, vivían vidas de tristeza sin ninguna emancipación. También le había enseñado a trenzar las ramas vírgenes de las flores secas, que son las que pueden doblarse y ajustarse sin que se quiebren, según le aseguró, mientras con maestría enredaba las ramitas componiendo las más bellas pulseras. A escondidas Alvarito le había regalado una, que tenía una flor azul desteñida por la sequía de este invierno pero que aún, bajo el ardor de los soles invernales, había podido resistir levemente su color. La flor azul, le había dicho Alvarito, se parecía a Miranda, pues era la única que aún conservaba su pálido color. Claro que el color que conservaba Miranda no era azul, sino de un blanco nacido de la luna de otoño en una gran ciudad francesa.

Y había que regresar. La tía urbana de la gran Capital llegaba a conocer a su sobrina. Vidas sin familia. Casi vidas prestadas. Casi solas Canela y Miranda.

Tomaron el atajo del sur y llegaron al primer vado. Canela advirtió que la correntada no era menor y que el paso de su pequeño auto no estaba asegurado. Bajó rápidamente para observar más de cerca la situación de aguas arriba. Al pisar una gran piedra, que parecía brillar a cada encendida de relámpago, trastabilló y cayó al suelo, golpeando su cabeza contra el borde de una emblemática tranquera que separa, con una legitimidad nada ética, la

tierra privada de la que es de todos ¡Mal nacida tranquera que hoy hechas a rodar la suerte de Canela y Miranda en esta noche de tormenta brava!

-¡Miranda! pedí ayuda... hacé sonar la bocina- gritó asustada Canela- la casa de Quipildor está cerca, nos va a escuchar y vendrá a ayudarnos- trataba de calmar a la niña mientras se quitaba la línea de sangre que le rodaba la mejilla.

La lluvia caía con tanta fuerza que el dios de Canela y la virgen morena no debían estar escuchando las plegarias de ambas mujercitas que, una por joven y otra por niña, lloraban el llanto eterno de los que están aterrados.

La noche se partió en dos a la llegada de Rampiro y sus lazos blancos. Quipildor montaba en su viejo caballo y traía la paz que apacigua a las almas. La noche era otra noche ahora junto a Quipildor y a Rampiro. El abuelo del héroe de Miranda bajó del noble animal y tomó a la niña entre sus brazos, subiéndola luego al equino que, con cuidadosa maniobra, bajó su cabeza gigante y la acarició, dejándola acomodarse en su recado de pelo de oveja. Miranda, aún así, no dejaba de llorar con lágrimas azules, como la flor del cerro de la pulsera que hoy a la siesta le habían regalado. Quipildor con su ser de hombre de cerros, lentamente tomó el rostro de Canela y miró la línea parpadeante roja negra sobre su ceja abierta. Se sonrió y bajó sus ojos. El agua copiosa de la lluvia había limpiado su sangre, que ya estaba aguas abajo, entre las piedras del vado cantando a los dioses del alba para que la bendiga en su marcha. Eso explicó Quipildor a la asustada muchacha que no entendía por qué su sangre debía derramarse entre las piedras.

Caminaron hacia la pequeña casa de luz andina, con las últimas gotas de la noche. El viento había empujado a la luna que comenzaba a despabilarse y se quitaba con ganas las sombras candentes de las nubes que se despedían de ella con lánguidos saludos de enamorados que nada se extrañarán. Los relámpagos y los truenos cruzaban lejanos el borde del cerro que, con su más intenso valor, sacudía su humedad desplegando aromas de tierra mojada y suelos de nocturnos pastizales tiernos. Los *armadillos* habían salido de sus madrigueras para mirar la luna ahora limpia y clara pendiente del cielo calmo e intransigente, esperando una canción todavía no cantada.

En la puerta la sonrisa de Alvarito mostraba sus enormes dientes separados en la delantera, seguro por aquella lengua curiosa que los esperó crecer y se escondió entre ellos. Alvarito sostenía fuerte y alto el farol de querosene de quien sabe cuáles parientes urbanos.

La calma

La casa respiraba humo polvoriento de los leños secos, guardados en la cesta hecha por las laboriosas manos del artesano, en un pasado y olvidado invierno. Al lado de la fogata improvisada en medio de la habitación, sobre un suelo barrido de tierra, compañera caliente de las noches frías, dormía Princesa, una espectacular cabra blanca de cuernos amarillentos óxidos y roídos en las largas caminatas sobre riscos de montaña, significantes de orgullo acumulado en la experiencia pasada en tantas tormentas de la Santa Rosa. Princesa velaba, con su latente lealtad, por la amiga familia del cerro.

Miranda abrazó la cabra y en ese abrazo abrazaba la vida que le había regalado al amigo Alvarito, el de los dientes grandes y las pulseras de flores azules. Canela se sentó frente al fuego sobre un telar de lana de vicuña de ropaje marrón caoba. Alvarito abrió la doble puerta baja de quebrachos resecaos y dejó entrar a Rampiro que encontró, a su lento paso, el umbral de piedra y junto a él, el morral de maíz tierno que sería su alimento en aquella noche de extraños invitados al calor del fuego. Quipildor sentado en su banquito de madera y cuero fumaba su último cigarro, vestigio de sus andares por el pueblo.

Sobre la fogata hervía una vieja olla de herrumbradas asas sobre las que descansaba, quemándose un poco, una agarradera de colores vivos que traía reminiscencias de culturas andinas del Perú amigo. Dentro de la olla ramitas, *acobachadas* por el agua hervida, daban lugar a los mejores saumerios de incesante olor a cebolla, ajo y maíz blanco. La sopa. Caliente y sanador estímulo para el sosiego de una noche larga que había comenzado con el viento bravo, el frío helado, la oscuridad temida y luego el agua. El agua a borbotones, de manera espectacular, había llenado las acequias y bajaba como serpiente brillante desde lo alto, allá en la toma del arroyo que *vive al lado del cielo* tocando a su paso todas las piedras nacidas de los cerros y hoy con la sangre derramada de Canela, hasta lo bajo, la casa de Quipildor donde se guarece ahora, para un reparador descanso, en un inmenso tanque blanco de triple capa de pvc. Extraño subsidio de la civilización moderna.

La tormenta había pasado. La noche estaba derritiéndose y el albor de las primeras horas del sol se anunciaba por detrás de los cerros del este, por donde se vio un día a la Virgen Morena cantando un conjuro junto a Silvia Rivera Cusicanqui. La sopa había hecho amigos. Canela se había adormecido. Quipildor cerraba la baja puerta de dos hojas de quebracho resecao. Rampiro cerraba sus ojos pero miraba hacia el fuego. Princesa estaba en su regazo, calentando los sueños del querido amigo negro bendecido en sus fuertes cuatro patas. Alvarito miraba a Miranda con sus ojos negrísimos de vivo sentir y sólo estaba allí, estando. Miranda hundió los dedos en su bolsillo, con la suavidad extrema de quien busca un tesoro; revolvió profundo; con el

tiempo de la magia, sacó su mano blanca cerrada y se la acercó a Alvarito. Con una parsimonia casi inusual en una niña de ocho años, que todavía está cruda de la vida, abrió su puño pequeño y dejó ver la pulsera de flores secas que su héroe le había regalado esa misma siesta mientras buscaban *armadillos* para cantarles una canción. La flor azul era de un vivo color profundo, no solo había resistido a sol ardiente y a la sequía quebrada de este invierno, sino que por arte de la fe ciega había mutado a un azul de cielo que nunca se había visto.

Es que ni la pachamama y sus chamanes, ni los dioses cóndor del alto, ni la virgen morena que está en el altar de la capilla nueva, ni la santa rosa de los meses de agosto, ni la *aparecida* tormenta de los aguaceros de miedo saben por qué el amor se prende a los niños con flores color azul cielo.

Paula Peyloubet

Agosto 2016